

Crónica de una frustración inevitable: Bernal Díaz y su Historia verdadera

MARINA GÁLVEZ ACERO

Bernal Díaz de Castillo redacta su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* durante los 30 últimos años de su vida. Si exceptuamos las cartas y probanzas de méritos habituales en la época, fue la única obra que escribió. Sucesivas copias del original, que luego corregía, rectificaba o ampliaba, hicieron que esta labor le ocupara tan largos años. Nueve años antes de su muerte, acaecida en 1548, había enviado a España una copia del original de su trabajo con la intención de que fuera publicada. Por lo tanto esta primera copia quedó fijada en 1575. No ocurrió lo mismo con una segunda copia, sobre la cual siguió trabajando el autor sometiéndola a revisiones hasta prácticamente la fecha de su muerte. La copia fijada en 1575 es la que se conoce con el nombre *Manuscrito Remón*, que se conserva en la primera edición que se hizo de la crónica en 1632¹. La segunda copia se conoce como *Manuscrito Guatemala* y fue publicada en México por Genaro García en 1904². Todavía existe una tercera, conocida

¹ Reproducen fielmente el manuscrito Remón un total de ocho ediciones durante los siglos XVIII y XIX, hechas en Madrid, París y México. Entre ellas la de la B.A.E., Madrid, 1852, con prólogo de Enrique Veida.

² El manuscrito Guatemala es básicamente idéntico al Remón. Sin embargo el primero tiene unas secciones y algunas supresiones que tampoco parecen atribuibles al autor, sino a un copista y censor a las órdenes del hijo del cronista (por ejemplo, los capítulos en que se habla de la acción de Pánfilo de Narváez). Aparecen también algunas variantes que como he dicho introdujo el propio cronista después de enviar la primera copia a España, como por ejemplo el famoso episodio de las naranjas, según el cual Bernal Díaz sería el introductor de esa fruta en Nueva España. Este episodio Ramírez Cabañas lo cree apócrifo, pero Sáenz de Santamaría sostiene lo contrario.

La edición mexicana de Genaro García ha servido de base a la mayoría de las publicadas con posterioridad, entre otras la de Espasa Calpe (Madrid, 1928) con prólogo de Carlos Pereyra. Tanto una serie como la otra han sido traducidas muchas veces a todos los idiomas importantes.

como *Manuscrito Alegría*, que fue encontrada en 1875 en Torreagüera (Murcia) y que parece ser una copia del manuscrito Guatemala con ligeras variantes³. Los tres manuscritos han sido a su vez manipulados por copistas o terceras personas aunque al parecer no ha sido difícil establecer cuáles fueron dichas manipulaciones. Utilizando todos los documentos originales, un equipo dirigido por Carmelo Sáenz de Santamaría ha conseguido la versión más completa y fidedigna hasta la fecha (CSIC, 1982).

1. EL SOLDADO CONQUISTADOR, «DESCUBRIDOR Y POBLADOR»

Para conocer a Bernal Díaz del Castillo existen dos grupos de documentos fundamentales: el primero su propia *Crónica*, que por la abundancia de datos que ofrece del autor suele considerarse iniciadora de la autobiografía moderna. El segundo, una serie de cartas, cédulas y probanzas que hacen referencia a su vida a partir fundamentalmente de 1539, fecha del primero de los dos viajes que el cronista hizo a España, terminada ya la conquista.

El autor de la *Historia verdadera* nació a finales del siglo xv en Medina del Campo, entonces importante centro comercial, ganadero y textil, del que su padre era regidor. La fecha exacta de su nacimiento está indeterminada: Sáenz de Santamaría y otros investigadores como Iglesia, la fijan entre octubre de 1495 y marzo de 1496.

Bernal no nos da cuenta de sus años juveniles anteriores a la aventura americana. Insiste sin embargo en que decidió un buen día ponerse al servicio de Dios y del Rey. Alistado, según cuenta (Cap. 1) en la expedición de Pedrarias Dávila a Tierra Firme, que partió de San Lúcar de Barrameda en abril de 1514, pasó al poco tiempo a Cuba. Tiene por entonces 24 años. Sin embargo no existe documentación en el registro de pasajeros de la Casa de Contratación de Sevilla sobre su embarque en esa expedición y aunque figura un Bernal Díaz embarca-

³ El manuscrito Guatemala apareció con importantes daños que oscurecen determinados pasajes, por lo que la edición de Genaro García los había dejado sin descifrar. El centro de Estudios históricos de Madrid proyectó llevar a cabo sobre 1933 una edición cotejando el manuscrito Guatemala con el Remón, bajo la dirección de Ramón Iglesia. Fue entonces cuando Rodríguez Moñino encontró en la biblioteca del bibliófilo murciano José M.^o Alegría un nuevo manuscrito, que ayudó decisivamente a la interpretación de los lugares oscuros o destruidos del manuscrito Guatemala. La guerra civil española interrumpió el trabajo que se llevó a México —a donde fue Ramón Iglesia— y allí fue utilizado en otras ediciones como la de Ramírez Cabañas (1955) y la del propio Iglesia (1943). En 1940 el Instituto Fernández de Oviedo del CSIC de Madrid publicó el primer volumen de una edición crítica utilizando todos los medios y datos recogidos hasta la fecha. Quedó por editar el segundo volumen. Sólo hace pocos años salió la primera edición crítica completa, preparada con el cotejo de todos los materiales y llevada a cabo por el equipo dirigido por Sáenz de Santamaría, quien en el prólogo que la acompaña dio noticia de todos los pormenores referidos.

do el 5 de octubre de 1514, no es seguro que se trate de nuestro autor. No sabemos pues, tampoco, la fecha exacta de la salida de Bernal hacia América.

Entre las motivaciones que le llevan a emprender esta aventura, además de seguir el ejemplo familiar del padre y un hermano, están también, verosímelmente, las que él mismo confiesa en otras ocasiones: va *con pobreza y trabajo* a *ganar honra y buscar la vida* (Cap. 7). La fama y la fortuna son sin duda los auténticos móviles del inicio de la empresa.

Desde Cuba, Bernal Díaz participó en tres expediciones. Las dos primeras, que narra en los capítulos iniciales de la Crónica, tuvieron lugar en 1517 y 1518, capitaneadas por Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva, respectivamente. La primera expedición llegó a las costas de Yucatán y fue sin duda la descubridora de lo que más tarde sería Nueva España y hoy es México. Bernal se sentía especialmente orgulloso de haber participado en ella y del título de «descubridor» o «conquistador más antiguo» que, consecuentemente, esgrimiría más tarde cuando conviniese a sus intereses. Pero esta primera expedición en realidad fue un fracaso: sin realizar ningún asentamiento tuvieron que volverse, ya que, como cuenta Bernal:

nos mataron más de la mitad de los soldados... y todos los demás salimos heridos (Cap. 7).

La expedición de 1518 tuvo más éxito que la del año anterior, aunque también sufrieron, según refiere nuestro cronista, grandes penalidades y refriegas. Una de estas últimas, que tuvo lugar en Campotán, precisamente el lugar de la derrota sufrida por Hernández de Córdoba en el intento expedicionario anterior, nos la refiere Bernal Díaz con el tono periodístico que le caracteriza:

Acuérdome que cuando estábamos peleando en aquella escaramuza, que había allí unos prados algo pedregosos había langostas, que cuando peleábamos saltaban y venían volando y nos daban en la cara, y como eran tantos [indios] flecheros y tiraban tanta flecha como granizos, que parecían eran langostas que volaban, y no nos rodelábamos y la flecha que venía nos hería, y otras veces creíamos que era flecha y eran langostas que venían volando: fue harto estorbo (Cap. 9).

Fue en esta expedición cuando oyeron hablar por primera vez de la leyenda indígena que tanto les había de favorecer en la conquista cortesiana:

Y lo más cierto era, según entendimos, que dicen que sus antepasados les habían dicho que habían de venir gentes de hacia donde sale el sol, que los habían de señorear (Cap. 13).

La tercera y definitiva expedición que Bernal realizó a lo que había de ser Nueva España fue la «conquistadora», capitaneada por Hernán Cortés. A ella le dedica nuestro cronista 137 capítulos de su Historia (Cap. 19-156), los más interesantes sin lugar a dudas.

Posteriormente, el soldado Bernal Díaz participó en otras campañas (véase Cap. 205) y acompañó a Cortés en la poco afortunada expedición a Honduras que había de durar algo más de dos años. Más tarde, tras residir algún tiempo en México, dueño de posesiones y con cargos administrativos se estableció en Guatemala donde, con tiempo ya para escribir y reflexionar, redactó el relato de todos los acontecimientos en los que participó durante su larga vida

para que ahora se descubran muy claramente nuestros heroicos hechos; y quiénes fueron los valerosos capitanes y fuertes soldados que ganamos esta parte del Nuevo-Mundo (Cap. 206).

En reiteradas ocasiones Bernal se presenta a sí mismo como hombre inculto. En el capítulo dieciocho de su crónica, que es un inciso en la narración, donde se alude por primera vez a López de Gómara, comenta, por ejemplo, comparando las crónicas de ambos:

Estando escribiendo esta mi relación, acaso vi una historia de buen estilo ... que habla de las conquistas de México y Nueva España, y cuando leí su gran retórica y como mi obra es tan grosera, dejé de escribir en ella, y aun tuve vergüenza que pareciese entre personas notables.

Asimismo, en el capítulo doscientos doce, escribe Bernal aún más explícitamente:

Parecíame que de varones sabios (se refiere a dos licenciados a los que había pedido parecer sobre su Historia) siempre se pega algo de su ciencia a los idiotas sin letras como yo soy.

Sin embargo, aun admitiendo que no aprendiese en Medina sino a leer y a escribir, lo cierto es que tampoco debió ser un hombre excesivamente ignorante. Al menos se muestra conocedor de la historia y aficionado al arte, como lo atestiguan las abundantes citas que van surgiendo a lo largo del texto, que no pueden proceder sino de lecturas propias de una cultura general más elevada de lo que él mismo se reconoce, o de un ambiente social más alto de lo que usualmente se supone propio de los soldados conquistadores. Bernal nombra a Salomón y las islas de Tarsis, Ofir y Sabá; menciona a Héctor, a Ulises, a Alejandro «rey de los Ipirotas», cuyas historias están en boca de todo el grupo. Acusa a Cortés, por ejemplo, de «querer remedar a Alexandre el macedonio» cuanto trataba con más consideración al enemigo vencido que al soldado vencedor. Habla también de Mitrídates rey del Ponto, de Pirro, de Aníbal. Jefes militares y emperadores romanos aparecen habitualmente en boca de Cortés, en sus arengas, o al referir algún acontecimiento que le evoque cierto paralelismo, como aquel en que Cortés se lamenta de tener que firmar una sentencia de muerte y exclama: ¡oh, quién no supiera escribir para no firmar muertes de hombres!, Bernal comenta:

y paréceme que aqeste dicho es muy común entre los jueces que sentencian algunas personas a muerte, que tomaron de aquel Nerón en el tiempo que dió muestras de buen emperador (Cap.57).

También en el orden artístico aparecen referencias a Berruguete y Miguel Ángel entre otros. Todos estos datos nos obligan a pensar que Bernal, si no «latino» poseía al menos una cultura media que, o bien era superior al resto del conjunto de los soldados rasos del que formaba parte, o bien como la formación intelectual de estos hombres, globalmente considerados, era superior a lo que se ha venido suponiendo.

Existen bastantes trabajos sobre la mentalidad típica de los conquistadores de aquella época: su cristianismo, su cultura, su ambición, sus fines y medios, su actitud ante el indio. La caracterización que ofrece Bernal Díaz de su persona es el mejor ejemplo de esa mentalidad. Fue un hombre profundamente religioso, y así se manifiesta en muchos pasajes de la Crónica, como en aquel sobre la conversión de los indios (Cap. 209) que hace decir a León Portilla que más parece un fraile que un soldado. Sabido es que los conquistadores se sentían «cruzados», apoyados por Dios en la empresa que estaban acometiendo. De ahí que Bernal repita en tantas ocasiones expresiones como éstas: *nuestra fuerza es Dios* (Cap. 42); *la gran misericordia de Dios nos socorría* (Cap. 43); *gracias a N. S. Jesucristo* (Cap. 156); *Dios lo hizo; quiso Dios; con la ayuda de Dios*, etc. Significativas son también en este sentido las fórmulas que se empleaban para computar el tiempo: *Domingo de Lázaro; Cuaresma; Pascua del Espíritu Santo; Viernes Santo; Jueves Santo; Pascua de Resurrección ...*

No se ha conservado ningún retrato de Bernal Díaz. Sabemos por él que en su juventud era galán y se preciaba de ello. Cuando empieza la redacción de la Crónica tenía alrededor de 56 años (es decir, muchos años en aquel siglo XVI), pero a pesar de su aprecio por la buena mesa —como puede observarse en la complaciente descripción del banquete con que celebraron las paces de Aigues Mortes (Cap. 201)— parece ser que era delgado y austero, lo que le ayudaba a mantenerse en buena forma física. Vivía por entonces, como he dicho, en Guatemala, donde ejercía como Regidor perpetuo del Cabildo de la ciudad desde el 3 de mayo de 1551. Se había casado con Teresa Becerra, viuda de Juan Dorantes, del que llevó al matrimonio una hija. De su unión con Bernal nacieron nueve hijos, y además nuestro cronista tenía otros tres de una o varias indias con las que había convivido anteriormente. No obstante no hay duda de que el valiente conquistador tenía ya por entonces bienes suficientes para mantener a tan numerosa familia, aunque si hemos de creerle, las posesiones de que disfrutaba no le proporcionaban todo el beneficio que él estimaba haberse hecho acreedor por sus servicios a la Corona, de ahí la reiterada queja de sus «grandes pobrezas» que encontramos en la Crónica, y las insistentes demandas y diferentes pleitos que sostuvo a lo largo de su vida con ese exclusivo fin.

Entre otros bienes disfrutaba de las encomiendas de Zacatepequez cercana a Guatemala, y la de Jozagazapa y Mistán algo más lejanas y pobres. Estas encomiendas le fueron entregadas en compensación por la pérdida de las donaciones que tuvo en México y que le fueron quitadas por Baltasar de Osorio y Diego Nazariago, despojo al que Bernal nunca se resignó.

Para conseguir las encomiendas guatemaltecas, Bernal tuvo que trasladarse a España en 1540 y presentar una probanza de méritos ante el Consejo de Indias. Además de su propio testimonio, presentó cinco testigos que le acreditaron como «descubridor, conquistador y pacificador» y una carta de Cortés que menciona en la Crónica:

carta que escribió el marqués del Valle a su Majestad en el año de cuarenta, haciéndole relación de mi persona y servicios (Cap. 212).

A pesar de todo esto, Bernal sufrió la mortificación de oír al fiscal Villalobos que objetaba sus méritos porque según él

el dicho Bernal Díaz no había sido tal conquistador, como decía, ni le habían sido encomendados los dichos pueblos (los mexicanos) por servicios que hubiese fecho.

Sin embargo, las objeciones del fiscal no impidieron la concesión de dos reales cédulas que se concretaron en las encomiendas guatemaltecas referidas. No contento con tal recompensa vuelve a España en 1549. Durante este segundo viaje asistió a la Junta de Valladolid donde se enfrentaron Sepúlveda y Fray Bartolomé de las Casas. Dice Bernal:

A mí me mandaron llamar como a conquistador más antiguo de la Nueva España.

Defendió allí su idea acerca de la necesidad de los repartimientos perpetuos de indios entre los conquistadores más antiguos, es decir sobre el disfrute de las encomiendas a perpetuidad y la seguridad de poder transmitir las a sus descendientes. En este segundo viaje consiguió nueve reales cédulas, que se tradujeron en un número de indios equivalentes a los que había perdido en México, y en otros beneficios. Con estas concesiones volvió a Guatemala donde llegó, como he dicho, a ser regidor en Santiago de los Caballeros. Allí se radicaría hasta su muerte, acaecida en la tarde del viernes tres de febrero de 1584 cuando contaba con casi 90 años y había perdido «la vista y el oír».

No se ha podido precisar con exactitud la fecha en que Bernal Díaz empieza la redacción de su crónica. Parece ser que debió comenzarla después de su segundo viaje a España (1549-1551). La primera noticia que de ella se tiene data de los años 1553-1557, fechas que corresponden a la estadía de Alonso de Zorita como oidor en Guatemala. En la *Historia de la Nueva España* del citado cronista se cuenta que Bernal le había enseñado una parte de la historia de aquella tierra que tenía escrita. En 1563 vuelve a tenerse noticias de su redacción en una

probanza de méritos que le fue solicitada a favor de los descendientes de Pedro de Alvarado. Allí escribe:

pasadas muchas cosas que este testigo tiene escritas en un memorial de las guerras, como persona que en todo estuvo presente

Y en 1568 vuelve nuestro cronista a referirse a ella, en esta ocasión para comunicar, en texto que pasó a formar parte de la *Historia* (Cap. 212), que había terminado de *sacar en limpio esta mi relación*, es decir, que había concluido la primera copia que sacó de sus «borrones» o redacción original.

2. MOTIVACIONES QUE EXPLICAN LA CRÓNICA VERDADERA

En realidad parece ser que el proyecto inicial de Bernal (acostumbrado a poner por escrito una y otra vez sus méritos en cartas y probanzas de toda índole para pleitos o peticiones) consistió en redactar una completa y minuciosa relación de las expediciones y batallas en que había participado, lo que él llama «un memorial de guerras», y sólo en el transcurso de la redacción, y en virtud de la extraordinaria facilidad que manifiesta poseer para narrar, esta primera idea se iría ampliando, de manera que los hechos que relataba fueron pasando al papel sin plan preconcebido. A ello le ayudó sin duda una potentísima memoria⁴. Sin embargo, a juzgar por el texto resultante, varias motivaciones pudieron ir espoleando la voluntad del cronista a lo largo de su redacción. En primer lugar parece indiscutible que interviniese el orgullo que el soldado cronista sentía por haber participado en aquella sorprendente gesta, y el deseo de que, en consecuencia, su memoria fuese «honrada» por la posteridad:

Para que digan los tiempos venideros: esto hizo Bernal Díaz del Castillo; para que sus hijos y descendientes gocen las loas de sus heroicos hechos (Cap. 212).

Parece ser que sobre la voluntad de querer contarnos «la verdad» de los acontecimientos que vivió como soldado también influye en gran medida la indignación que sin duda le fueron produciendo una serie de hechos acaecidos antes y después de comenzada la redacción; indignación que pudo muy bien traducirse en estímulo que le impulsara, como él mismo dice a propósito de uno de ellos, a

volver con la pluma en la mano, como el buen piloto lleva la senda por el mar, descubriendo los bajos cuando siente que los hay

⁴ Sáinz de Medrano, en una excelente edición —una de las últimas publicadas— sostiene que Bernal Díaz pudo utilizar notas propias que había ido redactando puntualmente al hilo del desarrollo de los acontecimientos. Lo que en su opinión justifica en gran medida la proximidad temporal en que los hechos parecen sucedidos, según los relata el cronista, y la subjetividad de que está impregnada la crónica. Factores, según considera, de gran trascendencia a la hora de estimar la «tonalidad literaria» de su escritura. Planeta, *Clásicos Universales*, 1992, p. XXXIII.

es decir a proseguir, en este caso lo ya comenzado, descubriendo la verdadera realidad de lo acaecido. Algunos de estos hechos hacen relación a la honra y otros a la fortuna, estímulos que como se recordará fueron los que precisamente llevaron a «las indias». Ambas, honra y fortuna, aparecen a su juicio menguadas tras el desarrollo de los distintos sucesos. Bernal debió sentir debilitada su honra (que siempre depende del reconocimiento ajeno) ante la lectura de las *Cartas de Relación de Hernán Cortés* (la segunda, la tercera y la cuarta habían aparecido impresas en 1522, 1523 y 1525 respectivamente), ya que, como dice irónicamente:

cuando (Cortés), escribía a Su Majestad, siempre por tinta le salían perlas y oro de la pluma, y todo en su loor, y no de nuestros valerosos soldados.

El silencio de Cortés para quienes le acompañaron en su hazaña fue igualmente compartido por otros cronistas del mismo acontecimiento. Cronistas como Francisco López de Gómara (autor de *Historia de las Indias y Conquista de México*, 1552); Gonzalo Illescas (*Historia pontifical*, 1564); o Pablo Giovio (*Elogios o vidas breves de los caballeros antiguos y modernos*, traducida del latín en 1568). Estos cronistas, y sobre todo el primero, se convirtieron en el blanco de la irritación de Bernal, ante la injusticia en que incurrieron silenciando en su narración a la mayoría de los participantes de los heroicos sucesos. También molestaron a Bernal a juzgar por sus palabras las supuestas faltas a la verdad en que sistemáticamente incurrían a su juicio; de Gomara dice por ejemplo que

desde el principio, medio y hasta el cabo no llevaba buena relación y va muy al contrario de lo que fue e pasó en la Nueva España (Cap. 18).

Tanto este cronista como los otros citados, que le siguieron en lo fundamental de sus respectivas *Historias*, son objeto de los reproches más o menos airados de Bernal. Tres son los principales cargos que hace nuestro cronista a los autores mencionados: que exageran en el número de guerreros indígenas y en consecuencia en el número de muertos que costó la empresa, así como en el número de ciudades y templos destruidos; que distribuyen arbitrariamente los méritos entre los conquistadores y que atribuyen a Cortés todo el mérito del éxito de la empresa.

Estos hechos se sumaron a otros de índole parecida, vividos por Bernal con anterioridad y ya referidos. Por ejemplo en 1540, ante el Consejo de Indias, nuestro cronista hubo de oír las reticencias a su reconocimiento como conquistador por parte del fiscal Villalobos, y en 1550 tuvo asimismo que escuchar la condena de la empresa conquistadora, de la que él tanto se vanagloriaba, en boca de Las Casas, lo que condujo además a la denegación de las encomiendas a perpetuidad, y en consecuencia al desventajoso cambio de las que poseía en México por las más exiguas guatemaltecas, hecho que al parecer le dolió profundamente. Es decir, a la falta de honra se sumó la falta de fortuna (o al menos, insisto, la que él creía merecer). Esta última circunstancia aparece también en la crónica

como un claro estímulo a la relación por escrito de sus hazañas. En reiteradas ocasiones como ya he dicho Bernal se queja de su supuesta pobreza, entre otras circunstancias porque durante el reparto del botín de la conquista *con todo se quedaba Cortés* (Cap. 105). El sentimiento de injusticia llega a un punto que Bernal no pudiendo contener gritará más que escribirá:

y digo otra vez que yo, yo, yo lo digo tantas veces, que yo soy el más antiguo y he servido como muy buen soldado a su majestad y dígolo con tristeza de mi corazón, porque me veo pobre y muy viejo, una hija por casar y los hijos varones ya grandes y con barbas, y otros por criar, y no puedo ir a Castilla ante su majestad para que me haga mercedes, pues se me deben bien debidas (Cap. 210).

Todos estos hechos debieron cooperar para que el viejo soldado tomase conciencia de la frustración de los ideales que le trajeron al Nuevo Mundo, y, en consecuencia, pretendiese reivindicarlos ante la posteridad, ya que se sentía fracasado en el presente. En un significativo y teatral diálogo que en el capítulo 210 Bernal supuestamente sostiene con la Fama, presenta a ésta sorprendida ante la injusta situación en que se siente:

habiendo visto la buena e ilustre fama que suena en el mundo de nuestros muchos y buenos y notables servicios que hemos hecho a Dios y a su majestad y a toda la cristiandad, da grandes voces y dice que fuera justicia y razón que tuviéramos buenas rentas y más aventajadas que tienen otras personas que no han servicio en estas conquistas ... y asimismo pregunta que dónde están nuestros palacios y moradas y qué blasones tenemos en ellas diferenciadas de las demás; y si están en ellos esculpidos y puestos por memorias nuestros heroicos hechos y armas según y de la manera que tienen en España los caballeros ... que sirvieron en los tiempos pasados a los reyes que en aquella sazón reinaban: pues nuestras hazañas no son menores que las que ellos hicieron, antes que son de muy memorable fama, y se puedan contar entre los nombrados que ha habido en el mundo.

Ante tal situación surgida de este nudo de circunstancias desfavorables Bernal Díaz decide contar su historia. Piensa tal vez que el futuro le resarcirá del desengaño presente ya que verosímilmente ante la lectura de tan sorprendentes hechos, sus

hijos y descendientes osarán decir con verdad: estas tierras vino a descubrir y ganar mi padre a su costa y gustó la hacienda que tenía en ello y fue en lo conquistar de los primeros (Cap. 212).

En realidad lo que la Crónica bernaldina manifiesta sin decirlo es el fracaso del héroe medieval y la superación del sistema que lo había hecho posible. La aspiración de muchos conquistadores a una política colonial de estilo feudalista no se llevó a cabo. Se opuso a ello la Corte y su política centralista, así como el propio espíritu de la época, fruto del cual nacieron las progresista Nuevas leyes de Indias de 1542. A pesar de los paralelismos superficiales (servicio a Dios y al

Rey, espíritu de Cruzada) entre la Reconquista cívica y la conquista cortesiana existieron profundas diferencias. Si en aquélla el conquistador pudo sentirse recompensado, en ésta la frustración debió alcanzar a muchos soldados como a nuestro cronista. De ahí que Bernal haga extensiva su situación a los compañeros soldados que como él siguen todavía vivos:

Ahora (en 1568) somos vivos de los de Cortés, hay cinco, y estamos muy viejos y dolientes de enfermedades, y muy pobres y cargados de hijos e hijas para casar y nietos, y con poca renta, y así pasamos nuestras vidas con trabajos y miserias (Cap. 210).

Para todos ellos pide a la fama

que de aquí adelante alcéis más vuestra excelente y virtuosísima voz para que en todo el mundo se vean claramente nuestras grandes proezas.

El yo del héroe que se siente Bernal pretende sobrevivir a este fracaso a través de una autoidentificación, un autoprotagonismo y una autoexaltación heroica. Pero como ha sido dicho no es el fracaso de un soldado, sino la desintegración de todo un sistema lo que se ha entrecruzado con sus hazañas en la conquista de la Nueva España.

3. LA «RESPUESTA» DE BERNAL: EL RELATO DE SU GESTA

Componen la Crónica 213 capítulos, la mayoría de menos de cinco páginas, cada uno de los cuales recoge un acontecimiento o noticia con autonomía propia. Entre ellos se distribuyen los tres temas principales que desarrolla el «corpus» narrativo:

- a) El descubrimiento de Nueva España y la expedición de Grijalva (Caps. 1-16);
- b) La Conquista de México y sus protagonistas: Hernán Cortés, los «compañeros» y «yo, el autor» (Caps. 19-156);
- c) y la pacificación, colonización y otras noticias del territorio conquistado (Caps. 156-213)

Se recogen también una serie de subtemas que aparecen tratados, con más o menos extensión, entre los que destacamos los siguientes: los indios y sus costumbres; las instituciones para el gobierno de Indias (Consejo de Indias, Real Audiencia, política colonizadora...) y la Iglesia (el Papa, los Obispos, órdenes religiosas...).

En resumen, Bernal describe en su Crónica la conquista y sus protagonistas, los prolegómenos y las instituciones e ideologías que la inspiraron y la hicieron posible.

Los capítulos más brillantes son los 137 que narran cronológicamente los hechos de la conquista en que participó. La historia es sobradamente conocida: se

cuenta en ellos la gesta de Hernán Cortés y sus subordinados desde que aquél fue designado por Diego Velázquez para jefe de la nueva expedición exploratoria, del territorio mexicano, hasta la rendición de Cuauhtémoc.

Según nos la presenta la conquista se inicia bajo el signo de la Cruz y promesa de «ganancia», como empresa gubernamental. Pero se replantea bajo el signo de la rebelión como decisión colectiva con igual motivación económica. El alzamiento de Cortés en Veracruz es contado por Bernal con excepcional dramatismo y sabiduría, captando como nadie el ambiente del grupo ante tan importante decisión, que se reivindica como empresa colectiva (Caps. 48-49), intención ésta dominante en toda la Crónica (véase Caps. 169, 205, 207, 212...). El ideario que la preside es el oficial de la conquista: se idealiza como Servicio a la Religión Católica (bautizar) y al Imperio (someter a la obediencia de Su Majestad) (Caps. 79, 89, 90). Se ejecuta con espíritu de Cruzada (*Santiago y a ellos*, como grito de guerra). Se sublima como gesta heroica y caballeresca (*el rey nos envía para deshacer agravios; Más vale morir con honra que deshonrado vivir*). Se presenta aceptada por los indios —tascaltecas y mexicanos— como el cumplimiento de un mito profético. Se transforma en «guerra de liberación»: primero de los tononeques (Cap. 47) y luego de los tascaltecas (Caps. 67, 71) contra Moctezuma (ahora el grito de guerra será: *Castilla, Castilla!; Tascalca, Tascalca!*). Culmina con la exploración de las minas de oro (Cap. 102) el mandato del tributo a Su Majestad (Cap. 104) y el reparto del botín (Cap. 105), que es considerado injusto por los soldados de Cortés. Se proyecta como una esperanza de beneficios futuros para los conquistadores y sus descendientes (Cap. 158): aspiración a un feudalismo colonial, nuevo tipo de nobleza «por méritos de conquista» (Cap. 207). Concluye para los soldados en frustración de sus aspiraciones político-económicas y gran desengaño (Cap. 159).

A lo largo de toda la Crónica el oro y la evangelización se presentan como principal objetivo y justificación de la conquista. La acción misionera se centra más en la catequesis que en el bautismo (Cap. 40) y tiene proyección humanizadora: contra los sacrificios humanos, el pillaje, la sodomía ... (Caps. 40, 61, 90). Bernal se manifiesta escéptico en cuanto a la eficacia de la evangelización.

Entre las incidencias históricas de la expedición destacan, como es sabido, el alzamiento en Veracruz contra el mandato de Velázquez, el inicio del camino hacia Tenochtitlán, las batallas en torno a Tlaxcala, la celada y castigo de Cholula, la entrada en México, la prisión de Moctezuma asesinado por sus propios súbditos, la «noche triste», el nuevo asedio a Tenochtitlán, las batallas de la definitiva conquista y la rendición y apresamiento de Cuauhtémoc.

A partir de aquí la Crónica refiere una serie de acontecimientos que hacen relación a la pacificación del territorio mexicano, unas vividas por Bernal, pero otras simplemente oídas relatar o incluso imaginadas. Recogen los acontecimientos sucedidos en todo el ámbito de la Nueva España desde 1521 a 1568, fecha esta última en que Bernal «sacó en limpio» su relación. Especial interés dentro de esta parte de la Crónica tiene el relato de la expedición a las Hibueras

(noviembre 1524-junio 1526) emprendida por Cortés para sofocar la rebelión de Cristóbal de Olid. Bernal, que acompañó a su capitán, tuvo que abandonar para seguirle las propiedades de tierras e indios encomendados que ya había conseguido poseer, circunstancia que lamentará profundamente más adelante. En el capítulo 177 de la Crónica y durante dicha expedición, Bernal se refiere a la sentencia y muerte del joven cacique azteca Cuauhtémoc, a su juicio «muy injustamente dada».

En el manuscrito *Guatemala*, el viejo cronista redactó dos capítulos más que en el *Remón*. En el primero cuenta las causas por las que se mandaron herrar a los indios y una nueva versión de la «matanza del templo mayor» propiciada por Pedro de Alvarado en 1520 cuando Cortés, que le había dejado al frente de la guarnición apostada en la ciudad de México, se encontraba enfrentándose a Narváez, enviado a Nueva España por Diego Velázquez para evitar que prosiguiera la rebelde expedición cortesiana. El segundo capítulo recoge una relación de los gobernadores que hubo en territorio mexicano hasta el año 1568 y concluye prometiendo sucesivos capítulos para referir de modo semejante los nombres de los arzobispos y obispos, capítulos que si llegó a escribir no se han conservado.

El talento épico-caballeresco de fondo popular que se observa en la Crónica tiene una de sus más caracterizadas manifestaciones en ocasión de la «noche triste». Se nos dice que los soldados, tras la desgraciada retirada, comienzan a cantar este romance a Cortés:

*En Tacuba está Cortés, con su escuadrón esforzado
Triste estaba y muy penoso, triste y con gran cuidado
La una mano en la mejilla, y la otra otra en el costado...*

De Hernán Cortés nos ha dejado una semblanza un tanto contradictoria y en consecuencia más humana que la que le trazó Gómara. Por una parte se le reconoce la gloria de su capitanía con sincera admiración (Caps. 19, 129), pero su desorbitada fama sospecha que ha debido ser comprada con oro «al Gómara» (Caps. 18, 19). Se le muestra «codicioso de oro» (Caps. 19, 42) e injusto en los repartos del botín (Caps. 105, 169) y, sobre todo, en la sentencia de muerte contra Cuauhtémoc y el señor de Tacuba (Cap. 177). Pero lo más destacable es el empeño de Bernal en hacerle aparecer dependiente del grupo en momentos cruciales del desarrollo de la conquista (Caps. 42, 58, 61, 79, 84, 169). El protagonista principal de la crónica es sin lugar a dudas el propio Bernal. Su «yo» se expande a lo largo de toda ella y en su fase conclusiva (Cap. 210) asistimos a una verdadera explosión exaltada de su persona. Sin embargo a veces enmarca su «yo» en el contexto del más modesto «nosotros» (Caps. 79, 106, 119).

Se muestra a sí mismo como defensor de los indios (Caps. 1, 61, 166) y con un cierto talante liberal: *éramos todos nosotros sus grandes amigos y servidores* (por los indios, Cap. 47); y en otra ocasión: *No lo manda Dios ni el Rey que*

hiciésemos a los libres esclavos (Cap. 1); pero esto no es obstáculo para que acepte las reglas del juego y llegado el momento reconozca sin paliativos que *acordamos herrar todas las piezas esclavas y esclavos que se habían habido con un sello que significaba «guerra»* (Cap. 135) y nos refiere con la misma naturalidad los crueles recursos que los soldados como él tuvieron que adoptar para evitar el hurto de los mejores esclavos (los jóvenes), que desaparecían misteriosamente después de herrados.

Reconoce y alaba el gran desarrollo comercial artesano y artístico de México, pero siempre desde la perspectiva del que se sabe partícipe de una cultura superior; en este sentido son frecuentes las alusiones de este tipo: *aunque son indios vieron y entendieron que la justicia es santa y buena* (Cap. 51).

Como hemos dicho la dramática relación de la gesta de la conquista concluye con la rendición y apresamiento de Cuauhtémoc («el Guatemuz» en el texto) y la toma definitiva de la ciudad de México. En este punto (Cap. 156) Bernal se vuelve al presente de la relación:

Agora que estoy fuera de los recios combates y batallas que con los mexicanos teníamos de día y de noche ...

y en un inciso nos refiere un sentimiento muy humano que debió predominar en él sobre todos los otros durante todos esos encuentros, hasta tal punto que todavía en el presente lo recuerda vivamente. Sin pudor nos cuenta el enorme miedo que le poseyó durante toda la conquista ante el temor de caer prisionero y morir sacrificado por los indios, como les sucediera a muchos de sus compañeros. Bernal se pregunta a sí mismo cómo es posible que, incluso al final de los sucesos, después de tantos encuentros y peligros (que recapitula brevemente) no sobrellevase mejor el lógico miedo a la muerte. Sin embargo no es morir lo que parece temer, sino hacerlo en las condiciones que se desprenden del texto:

quiero contar una cosa que me acontecía después que vi sacrificar y abrir por los pechos los sesenta y dos soldados que llevaron vivos de los de Cortés, y ofrecelles los corazones a los ídolos (...). Desde entonces temía la muerte más que nunca, y esto he dicho porque antes de entrar en las batallas se me ponía como una grima y tristeza en el corazón y orinaba una vez o dos; y encomendábame a Dios y a su bendita madre nuestra y entrar en las batallas, todo era uno (Cap. 156).

Esta sensación de terror y esa humillante experiencia fisiológica son testimonio inapreciable, sin duda, del sentimiento colectivo que debió embargar al puñado de soldados que independientemente de los peligros y sufrimientos experimentados por ambos bandos en los hechos de guerra, se enfrentaron a ritos crueles como los referidos o como aquellos otros que también nos describe Bernal:

los guerreros que con nosotros peleaban (los indígenas) *aunque pudieran matar a los que llevaban vivos de nuestros soldados, no los mataban luego, sino dábanlos*

heridas peligrosas porque no se defendiesen y vivos los llevaban a sacrificar a sus ídolos, y aún primero les hacían bailar delante del Huichilobos, que era su ídolo de guerra.

En otra ocasión cuenta que

había visto cómo les aserraban por los pechos y sacalles los corazones bullendo, y cortarles pies y brazos, y se los comieron (Cap. 156).

Son pues «aquellas feísimas muertes» las que Bernal reconoce temer. Además él había sido apresado en dos ocasiones en las que logró huir, y ya viejo parece todavía temblar ante lo que le pudo suceder, como expresa aquel refrán castellano que recuerda: *cantarillo que muchas veces va a la fuente...* Lo que caracteriza la Crónica de Bernal frente a los restantes cronistas de esta conquista (como Cortés, Herrera, Sahagún, Ixtlilxochitl o Muñoz Camargo entre otros) consiste, como muy bien se ha dicho, en la acertada captación del ambiente humano en que se produjo. A ello contribuye el personalismo siempre manifiesto del autor, un soldado raso, entre sus compañeros de aventura. Bernal no se preocupa, por ejemplo, del rigor cronológico aunque en su crónica abundan las fechas, sino de la actualización de unos acontecimientos vividos referidos a un mismo tiempo: el de su juventud y la conquista. De ahí el afán del autor por «presenciarlos» en un mismo tiempo narrativo y entrecruzarlos en el desarrollo de la crónica. Como tampoco se preocupa de la exactitud geográfica de los itinerarios seguidos: no señala nombres de pueblos, etapas o lugares donde situar debidamente los acontecimientos; Bernal no los recuerda o no le interesan, a no ser aquellos que se singularizaron por alguna experiencia física o psicológica, es decir por alguna humana sensación como la de frío, calor, hambre, peligro, incomodidad, miedo, etc., o por su repercusión posterior. Es más, sus comentaristas están de acuerdo en señalar que Gómara o Cortés le proporcionaron a Bernal los datos imprescindibles sobre los itinerarios para que pudiese ordenar sus recuerdos, siempre traducidos a lenguaje humano y no concretados en tiempo o espacio.

A menudo aquel hombre de Medina del Campo se queda sin palabras ante la nueva y sorprendente realidad que está evocando. Ese es el más importante problema lingüístico que parece plantearse al cronista. Quiere contarnos lo que vio pero su «común hablar de Castilla la Vieja» se le manifiesta enseguida insuficiente para explicarlo. Para paliar esta deficiencia utiliza dos recursos fundamentales. Por una parte va estableciendo correlaciones entre lo que conoce y lo que ve con cierto parecido: el mercado de México le recuerda al de Medina; la Plaza de los Cúes a la de Salamanca; los templos mexicanos a los mataderos de Castilla; o la meseta de Tabasco, a la de Valladolid. Y por otra parte su buen oído va captando pronto buena cantidad de americanismos (del táino, del náhuatl o del maya) que incorpora a su léxico, convirtiéndose en testigo del proceso de americanización del castellano e hispanización del americano, exponente a su vez de la unificación cultural que va a producirse en adelante.

Como hemos visto al mismo tiempo que una historia, que una crónica, la obra de Bernal es una autobiografía, pero dotada de un valor que trasciende lo meramente personal, pues se trata en realidad de la autobiografía de ese héroe anónimo que fue el conquistador de la Nueva España. No sólo se narran unos hechos objetivos, sino que vemos vivir auténticamente a sus personajes, casi como en una novela. Y desde luego vemos vivir a Bernal Díaz. La comunicación que establece con el lector es particularmente intensa⁵. Constantemente está refiriéndose a él, queriendo no fatigarle excesivamente al insistir en los mismos temas, tratando de salir al paso de sus posibles y justas preguntas sobre la veracidad de lo narrado, etc. En cierto sentido creemos que no es exagerado decir que al leer su crónica no sólo vemos vivir a Bernal Díaz en los sucesos que narra, sino que incluso presenciamos la escritura de esos hechos; es decir, vemos al Bernal Díaz que está escribiendo lo que nos está narrando. Bernal es plenamente consciente del alcance de su relato, lo domina por completo. Así contemplamos por ejemplo sus ambiciones de totalización, de tratar de abarcar todos los múltiples acontecimientos que se producen en un sólo instante. A la hueca retórica de los cronistas oficiales opone la desnudez, la precariedad de su escritura *porque la verdadera policía y agraciado componer es decir verdad en lo que he escrito*. Esta veracidad, esta sencillez y naturalidad en la exposición, es la que hace que se represente ante su mente todo lo que sucedió en el momento de escribirlo, y así

la misma escritura trae consigo al pie de la letra lo que pasó. Y será esta veracidad, manifestada sin razones hermosas ni de policía dorada, que suelen componer los que han escrito, sino todo a las buenas llanas.

A través de esta llaneza, de esta naturalidad intensamente expresiva Bernal Díaz se opone a la engañosa retórica de los otros cronistas, a la que vencerá, pues en verdad con la enorme intuición que le caracterizad, dejó escrito:

mi historia, si se imprime, cuando la vean e oigan la darán fe verdadera y oscurecerá las lisonjas de los pasados.

⁵ En la citada edición Sáinz de Medrano enfatiza con acierto el papel determinante del narrador sobre la escritura de Bernal.

